



Jean Le Benard:
Science de la Lekthologie,
 1925, Éditions du
 Témoignage Chrétien,
 Avril, Paris, France.

Hermes, el hermético

En uno de los capítulos de *Los chacales de la hermenéutica* llamado, “Hermes, el hermético”, Le Benard expone su punto de vista sobre el viejo arte de explicar, traducir o interpretar textos, denominado **hermenéutica**, revelando así esa estrecha relación que existe entre la Interpretación y las Ciencias Herméticas¹.



HERMES TRIMEGISTO.

“Hermes, el tres veces grande”,
 (Ἑρμῆς ὁ
 Τρισμέγιστος).
 Utilizado en el arte
 Lekthográfico de Le
 Benard.

– JEAN LE BENARD:

“Bajo el ojo
 de la libre
 interpretación,
 el hermeneuta ,(el
 que abre textos)
 puede perfectamente
 transformarse
 en un hermético, (el
 que los cierra)”.

Antiguamente, el término hermenéutica expresaba la comprensión y la explicación de una sentencia oscura y enigmática de los dioses o del oráculo, que precisaba una interpretación “correcta”.

Hermes, al que los griegos atribuían el origen del lenguaje y la escritura, y al que consideraban patrono de la comunicación y el entendimiento humano, es el *mensajero*, el que “anuncia” o “dice”. *Hermenéia* significa “palabra”, “hablar”, “interpretación” y “explicación”. Y *Hermenéuo* es “interpretar”, “anunciar”, “esclarecer”, “declarar” o “expresar en palabras” y, por último, “traducir”. Los tres conceptos griegos derivan de un verbo que es *Eiro*, el cual tiene varios significados que hemos decidido dividir en dos partes para una mejor comprensión. El primero es: “decir”, “hablar”, “contar”, “anunciar” y “comunicar”, y el otro es: “anudar”, “atar” y “entrelazar”. En el griego antiguo, ya estaba implícita la conexión en cuanto un mismo verbo tenía dos significaciones aparentemente diferentes, como es el caso de *Eiro*, que significa “decir” y “anudar”. Pero podemos pensar que todo texto es un tejido o entramado de letras, que se entrelazan inextricablemente en el discurso hablado causando, en el cuerpo y por añadidura, el consecuente anudamiento entre el verbo y la carne.

Se dice que un texto es “hermético” (cuando está cerrado o velado su *sentido*), y que la “hermenéutica” es la interpretación que permite (abrirlo o des-cubrirlo). La raíz de estas

dos palabras funcionaría como una llave que sirve, tanto para cerrar, como para abrir los sentidos, y en varios sentidos. Sin embargo, a su vez, lo cerrado puede estar en sí mismo abierto, y querer abrirlo, implicaría cerrarlo. Si el texto está abierto y yo *lo creo* cerrado, con seguridad, al querer abrirlo, lo voy a cerrar.

El texto hermenéutico es el texto interpretado, y el hermético, el texto original o a interpretar. La falla de la interpretación, o mejor aún, la falla del “yo-interpretador”, consiste en el anhelo de abrir un texto que se cree cerrado. Así como para acceder al “saber oculto” de una escritura apócrifa se encuentra el hermeneuta de los textos herméticos, (el que interpreta el texto original), o sea, *el primer intérprete*; también se halla otro hermeneuta (que interpreta la interpretación del texto original), o sea, *el segundo intérprete*; y otro, (que interpreta la interpretación de la interpretación...), o sea, *el tercer intérprete*, y así podríamos proseguir como una proyección de reflejos en espejo *ad infinitum*.



“Todo es escritura” significa que, tanto el hombre como la naturaleza dejan rastros *legibles* tras su paso. Aunque las huellas del caminante no sean comparables, por ejemplo, a la erosión que deja el agua sobre la piedra, son, al igual que ésta, plausibles de ser leídas.

Los detractores de Le Benard -esos que ha llamado “los chacales de la palabra”- van descuartizando uno por uno el discurso (escrito o pronunciado) de todos aquellos escritores que no piensan o escriben como ellos, devorando sus restos cabalísticamente en un infame festín. Esto es lo que ha ocurrido con su propia traducción del hueso de dragón (de la que sólo se conocen fragmentos). El texto que jamás ha salido de mis manos ha sido interpretado, reinterpretado, mal interpretado, destrozado, completamente destrozado, por las sanguinarias bestias de la interpretación.

Los hermeneutas actúan como animales de carroña; se alimentan de restos y despojos. Se deleitan con la letra muerta que se ha hecho carne putrefacta en los textos que luego descuartizan para devorar. En un intento de satisfacer el apetito perpetuo que crea en ellos la suposición de la existencia de una verdad oculta, sólo encuentran como alimento la pura insatisfacción. En el afán de encontrar el sentido escondido de todo, paradójicamente, terminan nutriéndose de la nada. Esta obsesión con la idea de que siempre “algo hay oculto” ha terminado convirtiéndose en un culto a lo oculto, un culto al vacío; donde lo oculto reviste para los místicos un carácter mágico y sagrado a la vez. De aquí surge toda la mística intelectualizada del hermetismo. Y de aquí podemos entender también que los hierofantes de ayer son los hermeneutas de hoy, aquellos que en el antiguo Egipto interpretaban a su antojo los misteriosos signos que la divinidad enviaba desde el cielo, para luego presumir de la exactitud del mensaje traducido.



El hermeneuta de antaño era, teóricamente, el que iba a abrir e iluminar lo hermético (el texto cerrado). Pero fiel a la raíz de la palabra que lo fundó, terminó haciendo aún más hermético lo hermético a descubrir. De allí que el que busca aclarar termine siempre oscureciendo, como se dice.

El Ojo del Traductor revela, pues, a sus lectores más despiertos, aquella audaz pronunciación de Lékhthor que dice que “Todo está a la vista”, aunque, también es cierto que luego aclara: “Aunque son muy pocos los que alcanzan a Ver”.

Le Benard dice que en el mito, los *herméticos* eran primo-hermanos de los *hermenéuticos*. Así como Lázaro le reprocha a Jesús –según Varcil- que le haya devuelto a la vida, el viejo hermeneuta leyó como un castigo divino el hecho de que Zeus le haya devuelto la razón y, como venganza, quiere violentar a su esposa Hera. Zeus, con la intención de tenderle una trampa, lo seduce formando una nube semejante a la diosa. Entonces, el hermeneuta se une con este fantasma, creado por el dios de los dioses, y engendra a un ser doble llamado Centauro.